

en ninguna manera ha de ser inferior; ántes siendo hijo de la luz, su progenitura es divina, cuando los otros crecen, y se desenvuelven y son grandes en las sombras. Sus enemigos echaron en campaña la voz de su coronacion por mano de las potencias europeas, cuando nada estuvo más léjos de su pensamiento. Verdad es que hubo Antonios que le tentasen á ese respecto; pero más leal que César ó ménos ambicioso, él siempre rechazó de buena fe tan indebidas ofertas. Su bandera habia sido la de la democracia, y no podia sin incurrir en mal caso relegar al olvido el símbolo de sus victorias. A ser él para dar oido á las almivaradas cláusulas de la adulacion, tiempo habia que hubiera muerto rey, pues de seguro le matan si acomete á coronarse. El cuchillo de la envidia envuelto en tinieblas, erró el golpe; el puñal de la salud en el brazo de la libertad le hubiera acertado en medio pecho. Trabajo les mandaba yo á sus detractores de que fundasen sus malos juicios en alegaciones aceptables. El puñal tendrá fuerza de convencimiento cuando habla en mano de Bruto; en la de cualquier otro, jura falso. Los que evocan la sombra de este romano, aseguren el golpe, si quieren ser libertadores; en fallando la empresa, quedarán por asesinos: el buen éxito es necesario para la bondad de la causa. Qué digo? Si Bolívar muere á poder de los Cascas y los Casios colombianos, las maldiciones de América hubieran estado cayendo perpetuamente sobre ellos, como las gotas negras que miden la eternidad y marcan la frente de los réprobos: el mal suceso de su temerario intento los ha salvado; pues, segun se me trasluce, perdonados están en razon de la buena fe con que tal vez al-

gunos de ellos abrazaron esa horrible causa, ya por exceso de credulidad, ya por sobra de ardor en la sangre. Voy á más y digo, que puesto caso que las intenciones ambiciosas del Libertador fueran manifiestas, no era el puñal el instrumento de la salvacion de la república: el parricidio vuelve negro todo cuanto le rodea, infesta un gran espacio á la redonda, y sus sombras envenenadas son capaces de corromper la luz del dia. Los chinos arrasan, no solamente la casa, sino tambien el pueblo donde ha nacido un parricida: parientes, extraños, viejos, mozos, mujeres, niños, todo lo matan, hasta los animales, y esterilizan con sal la tierra que produjo bestia semejante. En ser de hombres libres y republicanos todos somos hijos de Bolívar, libertador y fundador de la república: no podemos matarle sin merecer el castigo de los parricidas.

La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razon, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos séres maléficós que toman á pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraida por putrefaccion del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra. No he sabido que hasta ahora hubiesen caído sino las bendiciones del mundo sobre los matadores de Calígula, Caracalla, Eliogábalo, y serian mal-

ditos quienes los maldijesen. Conque es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella á los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene del Altísimo: son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un sér diferente? El verse revestido de un poder humano y usurpado trastruca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que obran sobre todos! El que hace degollar por mano de verdugo, ó manda á un grupo de soldados fusilar uno ó muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque esto conviene á su ambicion ó su venganza, ¿será ménos asesino que el que mata de persona á persona? Solamente la cuchilla de la ley en mano de la justicia puede quitar la vida sin cometer crimen. La tiranía es un hecho, hecho horrible que no confiere derechos de ninguna clase al que la ejerce, porque en el abuso no hay cosa legítima. Los tiranos, los verdaderos tiranos, se ponen fuera de la ley, dejan de ser hombres, puesto que renuncian los fueros de la humanidad, y convertidos en bestias bravas, pueden ser presa de cualquier bienhechor denodado. Quién sería harto impío que tuviese por delincuente al matador de Neron, si éste hubiera muerto á manos de algun hombre dichoso? Senadores sabios, ciudadanos ilustres, matronas venerandas, niños inocentes, cuántas vidas preservadas con la muerte do uno solo, de un demonio revestido de las formas mortales! Tracea, « varon clarísimo, digno de progenitura celestial, » ha llegado al lugar del suplicio: la

hoguera que ha de consumir sus miembros va á ser prendida bajo un árbol fresco, verde, lozano, que prodiga su sombra á la tierra y desaloja una vasta porcion de aire en poética ufanía. El reo, reo de virtudes de todo linaje, echa de ver el peligro de ese egregio fantasma, y suplica á los esbirros separar de su tronco la pira que á sus carnes se destina. Extraño á su conflicto, repara en el de un árbol el rato de la muerte. A éstos quitaba Neron la vida. Británico, pobre muchacho! Agripina, poco importa; Locusta, me alegro mucho: pero el filósofo! pero Séneca! Y cuál es el perverso, el insensato que venga á llamar delincuente, y condene á patíbulo al santo matador de Caracalla? Léjos estoy, gracias á Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la vida á un malvado consumado, un asesino de profesion; y en siendo mio el juzgar á ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapara de la horca. ¡Qué castillo ese tan airoso, tan cargado de la fruta que deleita á Lucifer!

El toque está en que juzguemos á juicio de buen varon acerca de las intenciones y las acciones de los hombres, y sepamos cuál sentencia seria confirmada por el Juez Supremo, y cuál otra revocada; pues sucede que el malvado para unos es santo para otros, y mientras éstos vocean llamándole tirano, éstos se desgañitan por acreditarle de hombre justo y bienhechor. Justo, bueno y católico, norabuena; si á pesar de esto es enemigo de Dios y de los hombres, yo le destino á la cuerda, y allá se averigüe. Los antiguos sabian poner las cosas más en su punto que nosotros, y eran acaso

más acreedores á la libertad, cuando la defendian ó la reconquistaban á todo trance. Nosotros andamos confundiendo algun tanto los principios de justicia, y no tenemos gran cuenta con los de la moral: atentamos contra la vida de los buenos, los grandes, y dejamos vivir á los perversos, los ruines perjudiciales. Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones, las de Cafarnaum. Bendita sea la servidumbre, bendita sea la ignorancia, bendita sea la mentira, bendita sea la hipocresía, bendita sea la calumnia, bendita sea la persecucion, bendita sea la infamia, bendito sea el fanatismo, bendito sea el perjurio, bendito sea el sacrilegio, bendito sea el robo, bendito sea el azote, bendita sea la lujuria, bendito sea el patíbulo, benditos sean, benditos sean, benditos sean! Maldito sea el corazon que concibe la muerte de Bolívar, obra de Satanás, preñez infanda; maldito el pensamiento que la madura en sus entrañas pestilentes; maldita la noche en que se comete ese pecado; maldito el instrumento de que se sirven sus autores; maldito el valor que los anima; maldita la fuerza en que confían; malditos sean, malditos sean, malditos sean!

Yo no maldigo lo pasado, maldigo lo futuro; pues si Dios misericordioso perdonó á los delincuentes ¿qué seria de mis maldiciones? Maldigo lo futuro, para que los hombres que merecen bien del género humano, los civilizadores, los libertadores, los héroes perinclitos, los filósofos, los maestros de la ley moral se hallen expuestos lo ménos posible á las locuras de estos Brutos ciegos, Brutos insensatos que matan á Enrique cuarto

y dejan vivir á Carlos nono, maldicen á Bolívar y bendicen á García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de los ciudadanos: Sucre, varon rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la gloria. Puñal para Sucre, el guerrero que comparece en la montaña, cual si bajase del cielo, y cae y revienta en mil rayos sobre los enemigos de América; Sucre, el vencedor del Pichincha, el héroe de Ayacucho, el brazo de Bolívar: puñal para Sucre, esto es, puñal para el honor, puñal para el valor, puñal para la magnanimidad, puñal para la virtud, puñal para la gloria. Americanos! ese golpe de sangre que os inunda el rostro en ondas purpurinas es vuestro salvador: la vergüenza borra la infamia, y los que gimen en silencio bajo esta enfermedad bienhechora, están salvados. Sucre no murió á nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino á su tenebroso verdugo. « Los gobiernos se han fundado y consolidado en todo tiempo por medio de la cicuta y el puñal, » dijo uno de los asesinos, echándole al rostro al género humano esta necia calumnia. El crimen no puede servir de fundamento á cosa buena en el mundo: la cicuta mata la filosofia, destruye las virtudes, no funda los gobiernos. Fedon, Criton, Cerefon rodean al maestro agonizante: la Divinidad, casi visible á los ojos de los discípulos, está derramada en el rostro de ese hombre, el más bello de los hombres, á despecho de sus imperfecciones. Ese corazon

siente y palpita aún, esa cabeza piensa y raciocina, esos labios se agitan en habla dulce y armoniosa. Dios, inmortalidad del alma, suerte de la especie humana; vida, tumba son objeto de su conversacion postrera. El frio le ha ganado los piés: tiemblan los discípulos, el maestro está impassible. El frio te sube á las rodillas: los discípulos se estremecen, el maestro está sereno. El frio le invade la parte superior del cuerpo: los discípulos se exasperan en ansiedad mortal, el maestro permanece grave é indiferente. El frio se apodera del corazon, espira el maestro; los discípulos sueltan el llanto, llanto sublime que no dejan de oír los hombres despues de treinta siglos: murió el filósofo. Esto es fundar gobiernos, oscuro malvado? Los treinta tiranos fundaron el gobierno de Aténas con dar á beber á Sócrates el vaso de cicuta? Los lacedemonios están furiosos, escribia de Esparta Xenofonte; prorumpen en dieterios contra nosotros, y dicen que es preciso haber perdido el juicio para dar muerte al que la pitonisa ha declarado el más cuerdo y virtuoso de los hombres.

Tales son las obras, tales los efectos de la cicuta, si me escuchas, oh tú, el más perverso de los nacidos. Pitágoras, Platon, cuál de los filósofos sentó ese principio? Licurgo, Solon, cuál de los legisladores dió esa ley? Plutarco, Tácito, cuál de los historiadores la ha transmitido á la posteridad? « En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal. » En tiempo de Moisés que gobernó y guió al pueblo de Israel? en tiempo de David que cantó al Todopoderoso y reinó por la virtud? en tiempo de

Pericles, el más sabio gobernante de los griegos? en tiempo de Augusto, de Tito, de Marco Aurelio? No, en esos tiempos no fueron el puñal y la cicuta los reguladores de los destinos sociales: en tiempo de Alejandro VI, en tiempo de César Borjia, en tiempo de Carlos IX reinaron el puñal y la cicuta. En tiempo de Enrique IV, ah, sí, en tiempo de Enrique IV, éste es el secreto: se irguió el puñal, y fundó el regicidio, el parricidio. Santo puñal, puñal bendecido en el tribunal de la penitencia, tú fundaste el mejor de los gobiernos, asesinando al mejor de los monarcas. Oh tú que fundas tus gobiernos por medio del puñal y el veneno, ¿sabes á quién obedecia Ravailac? *Aut Cæsar, aut nihil*, era la divisa del célebre hijo de un gran pontifice romano. Estos cargan veneno en el anillo, tienen enherboladas las aldabas de las puertas, las llaves de los cofres: el vino, las viandas no bastan para el halago de sus huéspedes y compadres: les estrechan la mano afectuosamente, les ingieren la muerte en el cuerpo como por milagro, y les echan la bendicion para la otra vida. Pero á lo ménos éstos no pretendian fundar gobiernos legítimos, sino conquistar el mundo, despues de haber dejado en la calle á sus semejantes. *Aut Cæsar, aut nihil*, y este mote se espacia en un escudo ancho como el de Lucifer, cuyo emblema es un puñal y un vaso de ponzoña. Mas fundar gobiernos republicanos y virtuosos, consolidar las leyes santas de la igualdad y el amor en el seno de la democracia por medio de esos agentes, no cabe sino en el confuso entendimiento de esos tiranuelos cuya cabeza es el edificio donde trabaja la ineptitud moviendo la máquina de la tiranía. De Augusto se ha di-

cho que la especie humana hubiera sido muy feliz si nunca ese hombre naciera ó no hubiera muerto jamas. Fundó un imperio, un gran imperio donde reinaron paz, justicia é ingenio, y lo consolidó por medio de la crueldad; pero no fué él quien habia asesinado á su gran tio. En razon de los fines podemos perdonar los medios; mas si á lo inicuo de los primeros añaden los malvados lo infame de los segundos, ¿dónde la filosofía? dónde el provecho de tan bárbaro sistema? El que funda su poder con el veneno y el puñal, de ellos necesitará toda la vida para mantenerse en el trono del crimen: si él vive zozobrando entre el manejar esos resortes y el huir de ellos ¿á quién se queja? y si la fortuna le abandona, ¿á quién vuelve los ojos? Los perversos son los más desgraciados de los hombres, aun en medio de la prosperidad, segun que siente un sabio; los perversos en desgracia, más desgraciados todavía.

Puñal para Bolívar, puñal para Sucre; y porqué no? no lo hubo para Enrique IV, el mayor y más virtuoso de los reyes? Tiberio muere en su cama, y ésta no es observacion moderna.

Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar. Sagrada su palabra, sus promesas realidades, á pesar del mal ejemplo de los enemigos, los cuales raras veces tenian cuenta con memoria de lo prometido, siendo entre ellos axioma de guerra que no obligaba el juramento para con los insurgentes. Ruiz de Castilla en Quito, Monteverde en Carácas, Sámano en Bogotá rompieron la fe y anegaron en sangre la estatua sacrosanta de esta divinidad. Bolívar era un rey; Dios,

patria y pundonor la trinidad augusta de su religion, dando por sentado que falta uno al pundonor cuando falta á la palabra. Liberal y magnífico por naturaleza, no cuidaba sino del acicalamiento del alma; en lo tocante al arreo de su persona, no era ello de sus ocupaciones predilectas; ántes dicen que tenia el ánimo tan embebido en las cosas grandes, que poco reparaba en las suyas propias, si sus edecanes no andaban á la mira. Así ocurrió que una mañana hallase un uniforme nuevo en lugar del que habia dejado por la noche; y no le pareció tan bien que no echase ménos el deterioro causado en el antiguo por las fechorías del tiempo y las travesuras de las armas. Bonaparte miraba con rara predileccion su sombrerito de Eylau, prenda que se conserva en su mausoleo entre las más respetables. Y en verdad que el viajero contempla absorto esa figurilla que ha abrigado el molde más perfecto de la inteligencia, cráneo en el cual naturaleza echó el resto de su sabiduría. Bolívar era hombre esencial; su ánimo raras veces hacia diversiones hácia las cosas de poco valor, sino fueron las del amor, ante cuyo diosezuelo hincaba de buen grado la rodilla, aunque sin rendir la espada. César no fué el más gran enamorado de Roma? El amor es la grosura del corazon, légamo suavísimo que abriga el principio de los grandes hechos, sin que de ninguna manera estrague las virtudes heroicas, cuando se deja pulsar por la moderacion. Barsene dió al traves con la continencia de Alejandro: quien no amase sino á Beldona, seria monstruo capaz de todos los crímenes. Fuera de las dulces flaquezas de esa pasion divina, el pensamiento de Bolívar se estaba moviendo siempre á

lo grande; y como sus fines eran justos, por fuerza habian de ser plausibles sus acciones. Su encargo era la libertad de un mundo; tenia que ser gran capitan: su propósito fundar nuevas naciones; le convenia ser organizador, legislador. Capitan, ya lo hemos visto: Luciano le hallara en los Campos Elíseos disputando el paso á Aníbal y Escipion. Guerrero, no le cede una mínima á Gonzalo Fernández de Córdoba: lo prueba el haberse puesto con una gran nacion, el haber vencido á los soldados de Bailen, antiguos de Pavía. En el hacer de las leyes, procuraba dictar, no las mejores, sino las que más convenian á los pueblos, memorioso del precepto de Solon, el cual habia usado esta manera con los atenienses.

Hombre constante, hombre avisado: en cada una de sus obras parecia echar el resto de su genio; tan fecundo era en los arbitrios y tan ejecutivo en las resoluciones. Empeñado más y mejor en su grandioso intento á cada golpe de la suerte, era cosa de ver con el ardor que volvia á la demanda cada vez más pavoroso. Conque yo combato á la hidra de Lerna, cuyas cabezas se multiplican al paso que se las va cortando! exclamaba un gran conquistador al ver cómo el general enemigo volvia más formidable despues de cada una de sus derrotas. Arruinado varias ocasiones, fugitivo, proscrito, y siempre el mismo contrario al frente de los españoles: ¿qué mágico terrible era ése? Sus enemigos nunca dieron con el secreto de vencerle de remate: si le toman en los brazos y le ahogan en el aire, allí fué la independenciam, allí fué la república. Muerto él, España tan dueña de

nosotros como en los peores tiempos de nuestra servidumbre, y América á esperar hasta cuando en el seno de la nada se formase lentamente otro hombre de las propias virtudes; cosa difícil, aun para la naturaleza, como la Providencia no la asistiera con sus indicaciones. Pero se contentaban con echarle en tierra, y esta buena madre le llenaba de vida, infiltrándole á su contacto sus más poderosos jugos. Anteo reanimado, cada uno de sus recobros era ganar en fuerza: Dios le investia de un punto de la suya, y esto era hacerle gigante contra los míseros que peleaban fuera de su proteccion. Sin descorazonarse á los esquinces de la fortuna, no desaprovechaba ocasion de darle un nuevo tiento. Fortuna, diosa de los pícaros, honra de los infames, bondad de los malvados; fortuna, más inicua que ciega, más torpe que injusta, si eres una deidad, lo serás de los infernos. Poderosa eres; pero hay uno que puede más que tú, y es el que está sobre el cielo y el infierno: cuando éste se arrima á la otra parte, la tuya sucumbe: razon, verdad, justicia están de triunfo.

Que los de Bolívar no eran debidos á la fortuna, lo acreditan sus numerosas desgracias; debidos fueron á la felicidad: valor, ingenio, osadía, constancia, fe, fe ciega en su destino, constituyen la felicidad de los varones que resaltan sobre sus semejantes y han sido enviados para grandes cosas. Sin miedo de propasarnos en el encarecimiento, podemos contar á don Simon entre los hombres con los cuales naturaleza demuestra su poder, y Dios el amor con que glorifica al género humano. Oiga la edad futura los juicios que sobre la

tumba del héroe formulan los presentes ; y cuando demos que los venideros no tengan nada que añadir en su alabanza, ya será el Genio cuya gloria parece haber madurado veinte siglos. No dieron estampida en Europa sus acciones, porque Júpiter hecho hombre la tenía sorda con un trueno continuo : las armas del conquistador crujían más que las del libertador, y esto ha redundado en desgracia del que más títulos alcanza á la admiración del mundo, si el heroísmo puesto al servicio de la libertad vale más que el heroísmo obrando por la esclavitud del universo. Los españoles dan ciento en la herradura y una en el clavo con ese flujo por achicar á Bolívar y sus compañeros de armas ; si supieran su negocio, le delinearán sus escritores como ser casi fabuloso, héroe del linaje de Rama y de Crisna, Rustan que presta asunto á la epopeya. Mostrar en Bolívar, Sucre, Paez, aventureros sin consecuencia, hombres mezquinos que no obraban sino al impulso de ambiciones personales, cobardes además y en un todo inferiores á los europeos, es apocarse ellos mismos, desdeñarse de las virtudes antiguas de la gran nación hispana.

Pues no es el vencedor más estimado  
De aquello en que el vencido es reputado.

Don Alonso de Ercilla no pensaba que las huestes castellanas abundarían tanto más en gloria cuanto menos dignos de su valentía fuesen los enemigos con quienes se estaban combatiendo ? Caupolican y Bayocolo podían muy bien dar al traves con las falanges españolas ; y domarlos y conquistarlos era crecer en gloria ante el rey su señor y ante las naciones de la tierra. Nos-

otros no extremaríamos la insolencia ni refinaríamos la negadéz tirando á disminuir los méritos de nuestros enemigos ; antes por el contrario, quisiéramos que hubieran sido más valientes, avisados, peritos en la guerra, si cabe en hombres serlo más que esos egregios españoles que dieron tanto en que entender al dueño de pueblos y reyes. Si ellos hubieran sido campeones ruines, sin fuerza ni expedientes, ¿ dónde la gloria de sus vencedores ? Por que los indios, dice Solís, ni en vigor de ánimo, ni en fuerza de cuerpo y buena proporción de miembros eran inferiores á los demás. Don Antonio sabía muy bien que si los indios fueran para menos, Hernán Cortés no mereciera el loor que alcanza, por cuanto el vencer á un adversario flaco no es maravilla que debe pasar á la posteridad envuelta en el reflejo de la gloria.

Qué honra es al leon, al fuerte, al poderoso  
Matar un pequeño, al pobre, al coitoso ?  
Es deshonra et mengua, et non vencer fermoso :  
El que al mur vence es vencer vergonzoso.....  
El vencedor ha honra del precio del vencido,  
Su loor es á tanto quanto es lo debatido.

Parece que el Arcipreste de Hita fué más sabio que el conde de Toreno. Si los vencedores tienen tan sumo cuidado de ennoblecer á los vencidos, ¿ qué no deberían hacer los vencidos respecto de los vencedores ? Que nos abrumen Hércules, Teseo ; que nos maten Bernardo del Carpio, el Cid Campeador ; que nos pongan en fuga Marfisa, Roldán el encantado, ya podemos llevar en paciencia ; mas qué razón sufre andemos encareciendo la pequeñez de los que nos han puesto bajo la

suela de su zapato? Yo me moriría de vergüenza si me hubiera dejado zurrar por el cojo Tersites; pero anduviera ufano aun de haber llevado lo peor, combatiéndome con el hijo de Peleo. La sucesora de Roma en el poderío y las hazañas; los vencedores de Lepanto; los soldados de Pavía; los conquistadores del Oriente, esos aventureros maravillosos que van entre cuatro amigos, y pasan por sobre emperadores, y echan tronos abajo á puntapiés; los descendientes del Gran Capitán; los compatriotas de Espínola, Roger Lauria, Toledo y Roberto de Rocafort; los héroes de Trafalgar; los señores de Bailen; esos españoles tan denodados como fieros, tan fuertes como entendidos en la guerra, si los ahorcasen no convendrían en que en América los hubiesen vencido hombres sino mujeres, mayores sino niños, guerreros en forma sino bárbaros. Don Alonso de Ercilla y don Antonio Solís, como quienes sabían lo que importaba más á su patria, supieron entenderse mejor con la pluma, y dejaron entreparecer su cordura por esas hábiles insinuaciones. Qué dirían ellos de sus mal aconsejados compatriotas si les oyesen hablar de los soldados de la emancipación americana con desden tan infundado como necio? Pues si eran tan miserables como decís, gritarían, porque no los sojuzgasteis y castigasteis á vuestro sabor, bellacos?

Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba un gran enemigo de Roma, al ver del modo que ordenaban la batalla: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, hubiera exclamado Gonzalo de Córdoba al ver la disposición de la de Carabobo, cuya

victoria fué debida á las del general republicano: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, iba sin duda exclamando Latorre en la heroica retirada del Valencey: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba el tan valiente cuanto infortunado Barreiro en Boyacá: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba Canterac en el campo de Junín: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba Laserna en Ayacucho. Cómo lo habían de ser, cuando después de envolverlos, aturdirlos, ofuscarlos con el númen de la guerra, los estrechan, los acometen, los despedazan con el acero? Cómo lo habían de ser, cuando después de tenerlos baja la cerviz, rendido el brazo, les conceden los honores militares y los envían salvos á su patria? Cómo lo habían de ser, cuando proclamada la paz constituyen naciones, y las ponen debajo de leyes tan razonables como las que más? Bárbaros, cobardes y mezquinos los que hacían esas cosas! Mirad, incautos españoles, no os reduzcamos á la memoria la famosa expresión con que se regocijaba Morillo en sus francachelas y bataolas de Caracas: « Si los vencedores son éstos, cuáles serán los vencidos? » Los vencidos fueron unos que á la vuelta de poco le pusieron de patitas en la calle, desbaratado, pulverizado, anonadado su ejército compuesto de vencedores de franceses.

Un escritor mal avisado lleva la ojeriza hasta el punto de decir que Bolívar huyó cobardemente en la batalla de Junín. Como Aquiles huye de los troyanos? La victoria se le iba, y voló á cerrarle el paso. Y aun cuando